

EN TORNO AL PROBLEMA DE LA COEXISTENCIA

En la primavera de 1955 se ha celebrado en El Escorial la IV Reunión del Centro Europeo de Documentación e Información. El lugar y la fecha son significativos: El Escorial, porque representa uno de los pilares básicos de la idea de Europa; la primavera de 1955, porque en ella han tenido lugar acontecimientos trascendentales para la historia europea.

A esa coincidencia vino a sumarse un tema, elegido en el pasado otoño y que el tiempo transcurrido desde entonces ha convertido en el más candente de la política internacional contemporánea: la Coexistencia.

Tan singular conjunción de elementos ha hecho de esta IV Reunión del C. E. D. I., la más importante, sin duda, de su breve y activa existencia.

El Centro Internacional, presidido por el archiduque Otto de Austria-Hungría, constituye un Movimiento privado de "élites" sin conexión con partidismos políticos determinados y formado por centros nacionales autónomos que funcionan ya en casi todos los países de Europa y que están coordinados entre sí por la Secretaría General que ocupa el marqués de Valdeiglesias.

Sus funciones pueden resumirse en cuatro puntos:

1.º La propagación y defensa de la solidaridad política europea sobre la base de nuestro patrimonio cultural común y de los preceptos religiosos, morales y sociales de la Iglesia.

2.º La agrupación paulatina en una organización internacional de todas las fuerzas vivas y los grupos que persiguen objetivos idénticos o afines.

3.º El establecimiento de contactos directos con personalidades políticas de otros países, a fin de fomentar y facilitar la colaboración amistosa entre los Gobiernos de los diferentes Estados; y

4.º El estudio y selección de los informes provenientes de sus propios colaboradores y de otros organismos, tanto los relativos al mundo libre como al mundo comunista, que puedan aclarar la verdadera situación y el estado de ánimo de estos últimos países y facilitar la elaboración de proyectos prácticos de una más estrecha convivencia europea.

Sus miembros lo son a solo título de europeos, aunque por lo general ocupan puestos destacados en la política y en el pensamiento de sus respectivos países.

Hasta el presente ha celebrado varios Congresos y Reuniones internacionales, siempre en torno a un tema determinado. La primera tuvo lugar en el Palacio de la Magdalena de Santander el año 1952; la segunda se ocupó en Madrid, en otoño de 1953, de analizar el problema "Unión europea-unión iberoamericana". El Centro alemán convocó, por su parte, una Reunión en Eichstätt (Baviera), en agosto de 1954, para tratar de "Estado, pueblo y organización internacional". Un mes después, volvió a celebrarse en la Magdalena la II Reunión organizada por el Centro español para estudiar "la Construcción federativa de una Europa cristiana". Los países del Benelux convocaron también una asamblea en el Castillo de Sterkenburg (Holanda), en febrero de 1955, para examinar la actual política económica europea. Finalmente, en abril del presente año, volvió a celebrarse otro Congreso en Eichstätt, que se ocupó del tema "Europa reflejada en el espejo de sus naciones". Pese al indudable interés de estas Reuniones, ninguna ha alcanzado ciertamente la importancia y la repercusión internacional de la que nos ocupa.

La clave de ello fué, como apuntamos, el acierto de elegir la Coexistencia como tema y la coincidencia de su celebración con hechos tan decisivos y tan espectacularmente relacionados con ella, como la restauración de la soberanía de Alemania occidental, la firma del Tratado de Paz con Austria y el anuncio de la Conferencia de Ginebra.

Era, en verdad, la primera vez que la coexistencia en su nuevo planteamiento iba a ser enjuiciada por hombres de distinta nacionalidad e ideología desde un punto de vista exclusivamente europeo.

Ello repercutió, sin duda, en el número y calidad de los asistentes, que en un conjunto cercano al centenar representaban la casi totalidad de los países de la vieja Europa. La delegación más nutrida y acaso de mayor significación política fué la de la República Federal ale-

mana, en la que figuraban el Presidente y el Vicepresidente del Parlamento, Dr. Gerstenmeier y Dr. Jaeger, así como el Dr. von Merkatz, nombrado Ministro del Consejo Federal en los días de la Reunión. Junto a esos nombres son de mencionar, por su destacada actuación, los del profesor Marcelo Caetano, Presidente de la Cámara Corporativa portuguesa; el Rvdo. P. Gundlach, de la Pontificia Universidad Gregoriana; el senador francés Michelet, el internacionalista italiano Vedovato y el profesor Münst, de la Universidad de Zurich. También debe señalarse, por ser significativa, la presencia de numerosos representantes en el exilio de países de más allá del telón de acero.

La nota característica antes de la apertura del Congreso fué la expectación por conocer el impacto que los extraordinarios sucesos internacionales acaecidos producían en los distintos países y tendencias presentes en la Reunión. La nota dominante a lo largo de ella fué —contra muchos pronósticos— la absoluta unanimidad en la desconfianza hacia la coexistencia y en la voluntad decidida de rechazarla como fórmula estable para el orden internacional contemporáneo. Tal sentir quedó claramente recogido en las conclusiones adoptadas en la clausura del Congreso, que fué presidida por el Ministro de Asuntos Exteriores de España. Las conclusiones, junto con la ponencia del Rvdo. P. Gundlach, se insertan, por su singular interés, a continuación de esta crónica, y reflejan mejor que comentario alguno el espíritu y propósitos de la Reunión que comentamos.

RAFAEL FERNANDEZ-QUINTANILLA

LA ACTITUD DE LOS CRISTIANOS ANTE LA COEXISTENCIA

Poco después de la Navidad, recibí vuestra invitación solicitándome para que hablara acerca de la actitud del cristiano frente al problema de la coexistencia. Algunos días más tarde, la Cristiandad tuvo el goce de recibir del propio Sumo Pontífice una lección, llena de enseñanzas impresionantes, sobre este mismo tema.

Permitidme, pues, que me congratule en vuestro nombre y en el mío propio. En vuestro nombre, porque habéis sabido ver en el problema de la coexistencia no sólo un problema económico, sociológico y político, sino también un postulado cristiano de nuestro tiempo, y porque además contáis, al sostener ese punto de vista, con la asistencia de Su Santidad; en mi nombre, porque mi ponencia habrá de extraer de las enseñanzas de Pío XII nuevas sugerencias y aclaraciones.

Desde una perspectiva cristiana el problema de la coexistencia presenta —a mi juicio— los tres aspectos siguientes: 1) La coexistencia como “clima” de nuestro tiempo. 2) La coexistencia como apariencia de realismo. 3) La coexistencia como plenitud de la Cristiandad.

I

El “clima” de nuestra época, el ambiente en que vivimos, refleja desgraciadamente, de manera muy acusada, la falta de cohesión interior del hombre. Esta afirmación, por extraño que resulte, parece estar en contradicción con el hecho de que ninguna época ha ejercido sobre los hombres una fuerza de recíproca atracción con tanta intensidad como la nuestra. Los transportes, la facilidad de comunicaciones y los medios de difusión se han desarrollado extraordinariamente. El *habitat* moderno agrupa a los hombres. El trabajo canaliza diariamente hacia las fá-

bricas y las oficinas grandes contingentes humanos. Incluso las diversiones, las vacaciones y hasta el reposo se organizan, cada vez más, bajo una forma colectiva. La economía liberal o la economía dirigida persiguen sus ideales en una escala mundial y operan con el aprovechamiento de las últimas reservas de las fuerzas del trabajo. Los partidos políticos, las organizaciones profesionales y los sindicatos aglutinan masas enormes, y, ante las ventanillas de sus oficinas, el Estado moderno, basado sobre el principio del "bienestar social", agrupa a los administrados como comensales de una misma mesa.

Pero todas estas relaciones sociales dejan a los hombres pasivos. Diríase que soportan tales relaciones, pero que no las establecen ellos mismos. En realidad, son pocos los verdaderos contactos que median entre ellos. Incluso la misma unidad religiosa, moral, jurídica y económica de la familia está cada día más amenazada, directa o indirectamente, por las nuevas formas de trabajo, y tal vez, en mayor medida, por las del consumo. En una palabra: los hombres tienen cada vez menos relaciones verdaderamente auténticas entre ellos. Tal es el clima de nuestra época, y éste es precisamente el motivo por el que la coexistencia reviste, tanto en el plano ideológico como en el de los hechos, una especial importancia. Representa un dato social sin valor propio, una especie de vida colectiva de los hombres en la que su alma no participa activamente. Representa, en fin, algo accidental que ni siquiera a la larga será capaz de crear un vínculo de unión interior.

Se percibe lo que falta. Por eso nuestra época es tan ávida de esas manifestaciones llamadas "conversaciones" o "reuniones". Pero, insisto, no son más que manifestaciones organizadas, "conversaciones" en las que no se habla un lenguaje común, "reuniones" en las que los asistentes entrecruzan sus propios caminos, pero en las que no se emprende conjuntamente la misma ruta. He aquí la triste coexistencia, el clima de nuestra época. ¿Qué es lo que ha cegado a los hombres frente a los valores objetivos de la humanidad, que únicamente pueden constituir y dar vida a la estructura interna de la vida social y a la verdadera coexistencia? ¿Qué es lo que ha hecho perder a los hombres su interés por esta seguridad, estos objetivos, estas propiedades que caracterizan a la realidad social? ¿Qué es lo que les ha llevado a mantener esas relaciones superficiales, puramente cuantitativas, en las que no son más que individuos, simples números, sujetos de reacciones valiables, material destinado a las estadísticas de masas y a servir de datos para

el cálculo de valores medios, con vistas a obtener un conocimiento exacto de la sociedad? ¿Cómo es posible creer seriamente que todos los problemas se pueden abordar empleando los métodos de la Sociometría y utilizando las encuestas de los Institutos Gallup?

Sin duda alguna, este desplazamiento hacia la coexistencia exterior, cuantitativa, se ha acentuado de hecho durante la guerra y la postguerra en las que, por el abuso de los hombres, que tenían en sus manos el poder, se ha privado a este valor humano de la coexistencia, de su dignidad y de su fuerza constructiva para la vida social. Los valores fueron despojados de su propia sustancia, y no sirvieron, en la mayor parte de los casos, más que de simples pantallas. A esto hay que añadir, además, la lucha para satisfacer las necesidades de la más primaria de las existencias: la lucha por la vida diaria.

El extraordinario desarrollo de la técnica y de la productividad del trabajo, ¿ha cambiado esta situación? De ninguna manera. Los "slogans" tantas veces repetidos de una producción social en progresión creciente, de un "standard" de vida en alza continua, de una carga de trabajo cada vez menos penosa, han desplazado más que nunca la mirada de las masas hacia una realidad social puramente cuantitativa. Y aquel que se pregunte si esas cifras astronómicas están en relación con el bienestar humano, es decir, con una vida humana y social llena de valores, hace el papel de crítico inoportuno, de loco idealista.

Sin embargo, es lícito plantearse el problema, y, por tanto, tratar de saber si el hombre responde todavía a esa concepción en relación con el bienestar. Si responde a ese estado vigoroso en el que el hombre es esencial para el hombre, en tanto que persona, si responde todavía a la idea de soberano de este mundo terrestre o si, por el contrario, no tiene otro papel que el de un simple engranaje en este fluir de las cosas que pasan sombríamente y que hoy día se materializa en el progreso técnico. El neo-positivismo, matemático y racionalista, que en mayor o menor medida domina hoy en todos los ámbitos, rehusa dar respuesta a este problema, sin duda metafísico, y la influencia existencialista, tan acusada en nuestros días, lo resuelve, en fin, contra la persona humana. Según ella, debemos renunciar al ser personal, a la supremacía del sujeto sobre el objeto, y con ello a la auténtica verdad en el conocimiento y en la acción. Según ella, el hombre no es más que "sensación de existencia", el punto determinado hacia el que tiende el ser, el punto en el que el ser se realiza.

La consecuencia práctica, consciente o inconsciente, de lo que precede es para muchos de nuestros contemporáneos la que sigue: aceptan como un "factum" el desarrollo técnico y diversas influencias sobre la coexistencia, que, para mayor abundamiento, obliga a los hombres a soportarse mutuamente. Tal es lo que se llama "cultivar las relaciones humanas". En realidad, se trata de no "turbar el juego", puesto que, por encima de éste, flota la ola amenazadora de una concepción puramente cuantitativa de la vida, el deseo impetuoso de todos hacia el más y el miedo de todos ante el menos. No se puede concebir un fin más indigno de la lucha de clases.

Pero se nos suplica que no contrastemos esta coexistencia exterior, que ha sido alcanzada con una norma de orden social, y en ningún caso sobre la base orden en el que la persona humana ocuparía una posición central. Esta exigencia nos conduciría, visto el curso forzado de los acontecimientos, a exagerar la ordenación de la persona humana y de sus posibilidades. No otra cosa es lo que ha hecho el liberalismo, al que han sucedido los sistemas totalitarios, que a la postre vinieron a ser sus sepulcros.

Así, se tiene la impresión de que en Occidente ha de estarse al desarrollo de la coexistencia puramente exterior. El clima de la época lo requiere. En verdad, el cuadro es sombrío. Pero no lo presentamos como tal por el prurito de ser aguafiestas. Esta no es la actitud del cristiano. Presentamos este cuadro de nuestro tiempo para poner de manifiesto el peligro de esta especie de coexistencia que media entre nosotros. El mundo occidental, en trance de habituarse a una coexistencia exterior, desprovista de valores, ha perdido, antes de comenzar, la partida de la coexistencia con el Este, dominado por el comunismo. Pues este mundo, ya sea el exponente del comunismo o solamente el que lo soporta, se encuentra, al cabo de los años, agitado por éste con la cuestión de los valores absolutos de la vida social. Así, nosotros los occidentales, los "vacíos de valores", entramos en contacto con este mundo por medio de la coexistencia, somos de una manera o de otra los más débiles, débiles hasta el fracaso, ya sea desde una actitud de repulsa o de favor. Tal es en este momento el gran peligro del Oeste en el que desgraciadamente no se está dispuesto a hacer triunfar más que una coexistencia exterior y superficial. Y, desgraciadamente, hemos de añadir que entre nosotros esta situación delicada se ha hecho más peligrosa incluso para los cris-

tianos. Me refiero al éxodo de la Cristiandad de Occidente como objeto de un juego de ideas teológico.

Sobre la base de un falso supernaturalismo se levanta una Teología de la vida social y de la historia, en la que la coexistencia no es en manera alguna ni puede ser un problema cristiano, ni como relación general entre los hombres ni en el sentido concreto de las relaciones Este-Oeste. Estas teorías teológicas fijan la verdad del Hijo de Dios hecho Hombre, de la Iglesia y de cada cristiano en particular, en lo trascendente y lo eterno, hasta el punto de que todos los elementos que pertenecen a la Cristiandad, en tanto que comunidad humana e histórica, no tienen más que una importancia secundaria o, al menos, terminan por ser menos terminantes. De ahí que se replique que hay argumentos específicamente cristianos susceptibles de ser opuestos al comunismo oriental, en tanto que organización social. Si Dios, Maestro de la Historia, quiere que la Cristiandad, representada hasta hoy por Occidente, cambie de representante, nuestro deber como cristianos es el de cumplir la misión salvadora y dejarnos arrastrar por la corriente de ese mundo oriental del porvenir sin reservas supuestamente cristianas, sin exigencias, con los ojos cerrados. Pío XII, en sus comentarios sobre la coexistencia, ha rechazado las bases esenciales de este supernaturalismo como falsas, condenando una vez más el sistema comunista. Y con esto basta.

II

Las explicaciones dadas hasta el presente demuestran que la falta creciente de cohesión interna en el hombre occidental, plantea al cristiano el problema de la coexistencia de una manera singular. Eludirlo, refugiándose en lo sobrenatural, es una posición anticatólica. ¿Es, por ventura, más fácil resolver el problema si se presenta la coexistencia como resultado de un pensamiento realista, que si se la supervalora atribuyéndola la virtud de desembarazarnos de ciertas ideologías que, en la práctica, no hacen sino complicar las cosas y hacer más difícil una solución necesaria? Tal es la opinión de los hombres que han de afrontar diariamente los hechos, la opinión del mundo de la economía y de la política. Seamos, pues, realistas; procuremos, pues, una coexistencia concreta en el tiempo y en el espacio de este mundo, también, concreto.

Pero la economía no puede lograr la tregua como por arte de magia.

De ningún modo. El Santo Padre, en su mensaje sobre la coexistencia, ha rechazado a los economistas de la escuela liberal. Después de más de cien años han propugnado activamente, bajo la dirección del inglés Cobden, el librecambismo en un mundo económico sin barreras y sin aduanas, presentándolo como un paraíso de la coexistencia entre los individuos y los pueblos. El resultado descorazonador es por todos conocido: sus aspectos económicos más visibles han sido en todos los países una falta de armonía entre la producción industrial y la producción agrícola, la inclinación nerviosa hacia el proteccionismo y la falta de desarrollo de ciertas regiones heridas en su propia existencia.

¿Empero la economía, en tanto que coexistencia de los elementos económicos articulados bajo el signo de la libre concurrencia en el mercado, en tanto que ideal sobre el mercado mundial libre, podía ser la gran ordenadora de las relaciones humanas, entre individuos y entre naciones? Es evidente que no entendemos el mercado como una creación social. El mercado, en el sentido liberal del término, aparece cada vez más perfilado como el punto concreto en el que se establecen los precios.

Esta fijación de precios se produce especialmente por el juego de la libre concurrencia bajo el solo principio de gastos límite, de suerte que en el duelo entre la oferta y la demanda sólo una de las partes en cuestión es, en efecto, activa, mientras que todas las restantes no son más que factores accesorios. Este mercado de la escuela liberal ortodoxa, vacío de toda clase de relaciones interiores entre los hombres, ofrece, por tanto, un ejemplo típico de la coexistencia puramente cuantitativa. Este mercado no es, pues, una creación social, con finalidad propia, puesto que su "laisser faire" une todos los participantes sin orden y aboca al establecimiento de los precios. Jamás un acontecimiento tan mecánico, tan preciso y cuantitativo pudo ser la base que hiciera del mercado en el sentido de los viejos librecambistas; es decir, de la economía la fuente de todo orden entre los individuos y los pueblos.

Pero hay más. Aquel que considere el mercado como una construcción social no puede hurtarse al problema de las leyes de su nacimiento y de su desarrollo. Así, pues, dado que el liberalismo ortodoxo descansa sobre la libertad formal puramente negativa, sobre la intervención social de el "Homo oeconomicus", la cuestión queda sin respuesta. He aquí la razón de ese desengaño del que hablábamos hace unos instantes. Pero esto nos pone sobre la pista que nos permitirá buscar las leyes de formación del mercado en tanto que creación social. Estas se encuentran en las leyes

de la propia estructura de las esferas de producción y de consumo. No en las relaciones cuantitativas abstractas, sino, en última instancia, en las leyes que la propia naturaleza impone a la producción y al consumo de un pueblo, que quiere no sólo ser económicamente, sino también sobrevivir; de un pueblo que quiere vivir, no ya sólo al día, sino asegurar la existencia de las generaciones por venir.

De nuevo tropezamos con la fórmula de la coexistencia puramente exterior y cuantitativa que se muestra insuficiente en economía.

Esto es radicalmente cierto hoy día, en donde la función ordenadora de la economía liberal, en tanto que creación social, se encuentra situada frente a un proceso económico de extraordinario dinamismo. El desenvolvimiento técnico, la producción en masa, las grandes empresas, las coyunturas económicas sitúan en el primer plano los problemas de inversión, y hacen cada vez más difícil la realización de la vieja concepción de una libre coexistencia de los elementos económicos. ¿Qué problema plantea a la coexistencia económica de los pueblos el solo hecho de que actualmente los Estados Unidos posean una gran parte de la Renta mundial, absolutamente en desproporción con su territorio y con el número de sus habitantes? Esto, sin contar con el hecho de los diferentes sistemas económicos que separan el Oeste del Este, diferencias que, ciertamente, no hacen más fecunda la coexistencia.

En resumen: no se hace sino aparentar un falso realismo cuando se espera lograr la tregua en el dominio económico por la magia de la coexistencia. Ella puede, como ha subrayado el Santo Padre, ser una ayuda e incluso una ayuda eficaz, pero es necesario verla con una parte del proceso social de la humanidad. Debe ser considerada dentro del conjunto de fines humanos, que deben servirle, de una manera permanente, de base de ordenación. Así, a pesar del gran temor de los realistas frente a las sedicentes ideologías, nosotros hemos alcanzado en el dominio económico una coexistencia llena de valores.

Los realistas de la política sienten esta misma repulsión frente a la verdadera coexistencia, y la misma atracción hacia una existencia cuantitativa puramente formal y sin unión íntima. Consienten generalmente en aceptar que el Estado sea llamado, con razón, una fuerza de orden. Pero no deja de ser una falta de realismo, si no se pone el acento sobre la fuerza. Pues, cualquiera que sea lo que se proclame como contenido del orden estatal, es sospechoso para los realistas como si no fuera más que una simple ideología, es decir, una cosa sin fundamento real, y, por

consiguiente, la celosía de una potencia en marcha. En fin de cuentas el Estado, en su expresión de máxima pureza, no es para el realista más que poder, soporte de poder y nada más. Las relaciones entre los Estados desembocan, pues, en una coexistencia exterior, cuantitativa y de poder.

Estas relaciones entre Estados no ofrecen más que dos posibilidades de orden supuestamente realistas: la coexistencia por el equilibrio de las fuerzas y la coexistencia de los bloques con sus satélites. La primera solución parece haber sido superada en la actualidad, principalmente porque los "slogans" de un nivel de vida en progresión constante no son compatibles con los gastos, cada vez más elevados, de los armamentos. La otra posibilidad está frente a nosotros. Los bloques gigantes creen poder llegar, de una manera o de otra, al término de esta incompatibilidad, por un lado mediante alteraciones sobre el "standard" de vida, especialmente el de los satélites, y por el otro, llegando a acuerdos concretos sobre los armamentos.

Pío XII, en su mensaje sobre la coexistencia, se ha lamentado abiertamente del fracaso de la Comunidad Europea de Defensa. No debemos y no podemos interpretar esta lamentación más que dentro del cuadro de los principios de la vida política, y no en el de la política cotidiana. El Papa ha visto, sin duda, en la Comunidad Europea de Defensa una posibilidad de superar la coexistencia puramente exterior y cuantitativa, basada en relaciones de poder. Claramente resulta que el Santo Padre considera como adversarios importantes de esta Comunidad, aquellos que insisten en mantenerse en esta falsa coexistencia. Pero hay más. Estos quieren otra vez la vuelta a la política de equilibrio y al peligroso juego de las alianzas inestables.

Según ha afirmado el Papa, se trata de un juego político a la manera del de los Estados nacionalistas del siglo XIX, en el que se le daba un sentido político al contenido, en sí apolítico, de la Nación, privando totalmente de sentido trascendente o, cuando menos en una cierta medida, al Estado, haciendo así prácticamente inoperantes los últimos vestigios políticos de las fuerzas unificadoras europeas en su tradición cultural cristiana. En el mismo orden de ideas la presencia de Europa en el resto del mundo ha sido desnaturalizada de una manera funesta por el hecho de que sólo se han puesto de manifiesto los signos de la fuerza bruta y de una civilización secularizada. Toda esta empresa de crear reanudar esta falsa coexistencia es —si comprendemos bien al Santo Padre— económica y militarmente imposible y viciada en

su propia base. Es necesario considerarla como un ejemplo peligroso del nacionalismo para el resto del mundo, un ejemplo cargado de desagradables recuerdos de aquellas fronteras explosivas, origen de interminables incidentes, creadas y mantenidas con obstinación por el nacionalismo.

He aquí el resultado de un realismo ilusorio que quiere reanudar esa coexistencia, puramente externa, en el cuadro político de un equilibrio de fuerzas. Y el mismo fenómeno se produce en lo que concierne a la coexistencia de hoy día, basada en la creación de bloques rodeados de satélites.

Hemos asistido y asistimos ahora a una acción política, en tanto que acción de fuerza, en su fórmula más pura. Se transforman los mapas de los países, que hasta el presente eran considerados como el espacio geográfico de establecimiento de las familias, con la misma facilidad que un técnico, sobre su tablero de dibujo, traza sobre el papel virgen líneas nuevas. Inmensos contingentes de población han sido desplazados de un lugar a otro, zonas enteras han sido políticamente neutralizadas, estados satélites han surgido; tal es el camino escogido por los bloques de poder, por la nueva coexistencia que no es más que puramente formal. La sedicente "Real Politik" radica en el hecho de que, por una parte, aglutina a los satélites que se han beneficiado de las desposesiones territoriales de que han sido víctimas otros países, y que, con el señuelo de nuevas ganancias, permanecen en el bloque, y de que, por la otra parte, consolida "hic et nunc" el estatuto entre los bloques, mediante la creación de zonas neutras. Así, el resultado es que, gracias a la impotencia asegurada de la mayoría, se obtiene la seguridad de los más fuertes.

Pero, a pesar de todo, esta construcción no produce los efectos pacificadores esperados. Todo el aparato está hipotecado por la necesidad de un sistema de vigilancia. Está amenazado en todo instante por el peligro de la intervención y de la explosión del rencor de las víctimas, que son a la larga inevitables. No se puede hablar, pues, de una verdadera coexistencia, basada en la conciencia de un verdadero orden humano.

Nos encontramos, pues, tanto en el dominio político como en el económico, ante el fracaso más total de este ilusorio realismo de una coexistencia puramente exterior, formal y cuantitativa. En el orden social no es posible pensar haciendo tabla rasa de los valores, puesto que, en verdad, la sociedad, en cuanto todo y en todos sus sectores, es constitutivamente un orden de valores y de fines, y representa, más allá de todos los datos cuantitativos, una coexistencia cualitativa dirigida hacia un fin

objetivo. A mayor abundamiento es necesario señalar que los representantes de esta "Real Politik" se resisten a estos valores objetivos, sin desdeñar ciertas apreciaciones subjetivas decisivas.

Cobden y sus adeptos vivían de su entusiasmo por el cosmopolitismo del liberalismo primitivo, es decir, por un producto, objetivamente discutible, del racionalismo y de la "Aufklärung". El historiador americano Edgar Robinson, el más reciente investigador de la política del presidente Roosevelt, que en Yalta abrió tan generosamente el camino de la coexistencia de los bloques de poder, explica las sorprendentes concesiones de éste a Stalin por un sentimiento indeterminable de anticapitalismo y antiimperialismo que le hizo concebir al comunismo como un sistema de dominio en favor de los débiles. Se estremecen ante la idea de que este juicio de Robinson sobre el caso de Roosevelt pudiera ser cierto, así como de la participación de los falsos realistas de la política actual, de la falta de moral, de principios y de una base "político-filosófica".

III

Para poder abordar el problema de la coexistencia Oeste-Este sólo nos queda la coexistencia, en tanto que plenitud cristiana y también en tanto que base y contenido de la coexistencia general entre los hombres como manera de vivir. Lo que entendemos a este respecto de positivo quedó dicho ya claramente cuando examinamos con espíritu crítico la coexistencia, en tanto que clima de nuestra época, y cuando hemos visto la solución económica y política dada a este problema por el falso realismo.

Hemos de atacar por todos los medios esta coexistencia exterior, puramente cuantitativa y sin cohesión interna. Las preocupaciones espirituales, la educación, la cultura, el ejemplo sobre todo, deben reforzar de nuevo entre los hombres la conciencia de la existencia, del valor en la creación de Dios, que es también el mundo que ha salvado. La base inquebrantable de la realidad social es así la coexistencia de los hombres, en su unión íntima, en tanto que personas, en tanto que imágenes, siempre semejantes y, sin embargo, siempre distintas de Dios. Si no —y esto lo prueban nuestras explicaciones precedentes— la coexistencia se asienta sobre un terreno movedizo. El ateísmo teórico, y, sobre todo, el ateísmo práctico, representan hoy día un peligro político, el más grave, por cierto.

Claramente se adivina lo que sucedería si Occidente permaneciera en este estado de debilidad de valores: los proyectos de coexistencia ofrecidos por el Este vendrían a realizarse cuando menos en una cierta medida. No podemos dar por cierto que nosotros los occidentales tuviéramos libre acceso al Este, pero el Este se infiltraría ciertamente todavía más de lo que se ha infiltrado actualmente entre nosotros. Las zonas neutralizadas, sobre todo, se le ofrecerían entonces abiertas, puesto que se aprovecharía de toda tentativa de frenar su acción para intervenir, y, en nombre de la "Real Politik", veríamos a nuestros políticos, amenazados, apresurarse a considerar los intereses cristianos y culturales, como una embarazosa carga. Pero si los occidentales permanecen pobres en valores, entonces nada le queda a Occidente para defenderse espiritualmente y nada tendrá que ofrecer en bienes superiores. En estas condiciones creemos que la idea que presentan las zonas neutralizadas como puentes entre el Oeste y Occidente, es pura ilusión.

Debemos ensanchar en un sentido de plenitud cristiana, y, sobre todo, reforzar interiormente la cabeza de puente de la coexistencia. He aquí la tarea de Europa. Europa, que es la primera gran Patria de la Cristiandad, hacia la que ha sido conducida no por un ciego de devenir histórico, sino por la misma voluntad de Dios, Señor de la Historia.

He aquí la tarea actual de Europa, siempre y en todas parte presente, no como una expresión de fuerza, sino como adaptación fecunda del humanismo cristiano a las particularidades de todos los pueblos y de todas las razas. Es a Europa a quien corresponde, tras el telón de acero, pasarse al lado de los hombres que defienden la gloriosa herencia cristiana, o que en su "anima naturaliter christiana" aspiran a la dignidad y libertad cristiana de los hombres en todos los sectores de la vida. Esta Europa que ha encontrado en Occidente, si no su unidad política, su unidad espiritual y cristiana, es la cabeza de puente de la coexistencia; cabeza de puente a cuya realización deben tender todos nuestros esfuerzos y de la que no puede apartarnos concesión alguna.

No debe considerarse esto como un pretendido cristianismo medieval, en pleno siglo xx, ni como una ideología del poder ornada de religiosidad en la que ciertos historiadores convierten de manera errónea el catolicismo universal. No es tampoco del catolicismo político, del que se desprende hoy día un falso y desdeñoso supernaturalismo para, con una superioridad sobrenatural, no juzgar ningún sistema social desde el punto de vista cristiano, sino solamente para soportarlo, si llegara el caso.

Pío XII ha dado, con ocasión de la Navidad de 1945, y, más tarde, ante los Cardenales, en febrero de 1946, las explicaciones necesarias: la Iglesia no ha sido jamás, ni es tampoco hoy día, la representante de un imperialismo. La Iglesia no es tampoco una creación quietista de la historia; es, según el Papa, el principio vital de la sociedad humana. "Es coexistente con la Sociedad humana", cuyo orden fundamental ha sido creado por Dios, y confirmado por Jesucristo. Así, la Iglesia, en la que el Hijo de Dios hecho Hombre permanece, es una manera interna de coexistencia con la sociedad humana. Por su existencia, su presencia, la Iglesia vela por los elementos fundamentales de la sociedad y los protege y los defiende sobre todo, gracias a la responsabilidad cristiana de cada creyente en particular, por el orden divino en todos los sectores de la vida. Aquel que quiere una coexistencia hasta contra la Iglesia, sucumbe a un sentimiento anticatólico que desgraciadamente influye en la alta política más de lo que se cree. La Iglesia, sin embargo, ha afirmado de nuevo de una manera práctica su coexistencia cuando, en su alocución de 6 de diciembre de 1953, el Santo Padre trazó los contornos de los principios de una tolerancia sobre la base de un orden moderno entre los Estados. ¿Pero se hará valer por todas partes este aspecto fundamental de la coexistencia?

Todas estas reflexiones nos conducen al fondo y a la raíz de la realidad social, a la coexistencia de los hombres en sus relaciones internas, en tanto que personas, en tanto que imagen a veces distinta y a veces igual a Dios en la humanidad y sus valores. Esto no quiere decir que se exija demasiado a la fuerza ordenadora de la persona frente a la fuerza imperiosa del proceso de objetivación movido por la técnica en la economía y la política. El liberalismo ha exigido, sin duda, demasiado a la libertad de la persona, pero su error ha consistido en introducir en este principio de realidad social un principio de división. Ha conducido a la humanidad a una formulación puramente cuantitativa de libertad formal e igualitaria, vacía de contenidos de valor.

Se tiene la impresión de que esta división de principio se venga en la naturaleza inerte. En efecto, en el mundo sociológico de la vida espiritual humana se ha vengado ya indiscutiblemente. La representación ordenadora del equilibrio social ha sido despojada del objetivo finalista para entregarse al mecánico. Esto significa, sin embargo, la tendencia a liberar los valores marginales cuantitativos y, sobre todo, sociológicamente la minimización de la unidad familiar, la debilitación de la

capacidad de resistencia de la propiedad media, la preponderancia de la noción de gran potencia. Esto significa igualmente el abandono del principio de subsidiariedad en la actividad social, haciendo que la línea de competencia de los portadores del orden no tenga más altibajos, y, finalmente, desemboque en la centralización.

Pero si mantenemos intacto, en un santo pudor ante la ordenación creadora de Dios, el principio de la realidad social, esta profunda, personal e interna coexistencia en plenitud de valores humanos, entonces la personalidad humana bien orientada socialmente no será víctima de esta falsa evolución y no será tampoco aniquilada por la organización de la técnica.

Esta santidad social interna, en unión con lo espiritual, será decisiva para el porvenir de la coexistencia entre el Este y el Oeste.

Nosotros los occidentales tenemos en nuestro poder la posibilidad de fortificarnos en abundancia de valores cristianos y, empleando la terminología de Teodoro Litt, podremos volver de la sociedad artificial a la sociedad natural. Pero desde otro punto de vista asistimos a esta tragedia de la transformación de una sociedad todavía muy "natural", evolucionando muy rápidamente hacia una sociedad "artificial". Pero puede ser que en este proceso surgieran a la larga las fuerzas de resistencia de una humanidad auténtica.

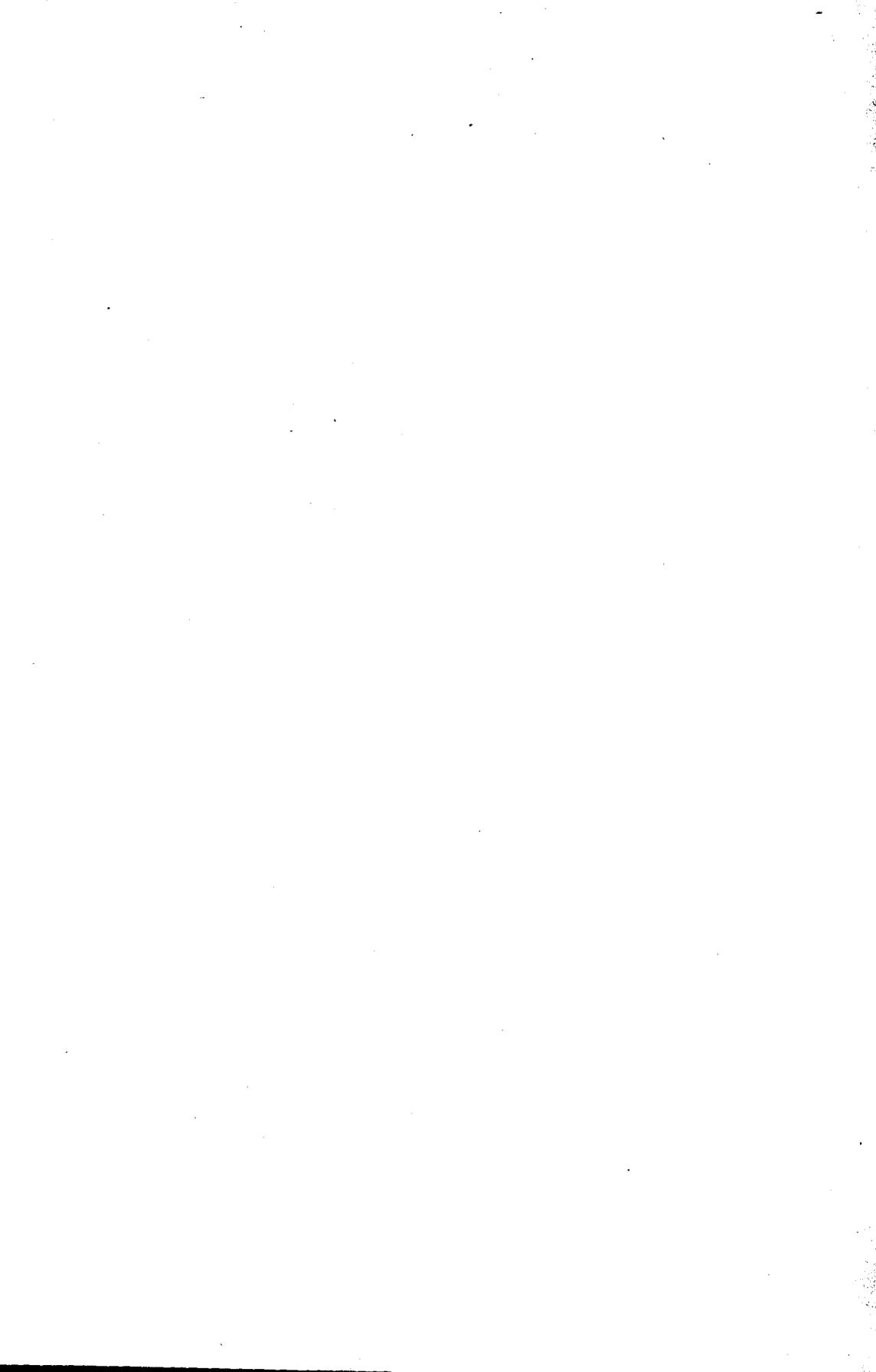
Pero todo esto no permite tener hoy día confianza en la coexistencia Este-Oeste. Nosotros los occidentales debemos velar con atención, purificar y aumentar nuestro patrimonio de valores cristianos. Una vez más el cristianismo se encuentra situado frente a la gran responsabilidad. Pesimistas y optimistas juzgarán diferentemente los éxitos obtenidos por el cristianismo en la ordenación de la sociedad humana.

Pero nosotros creemos que el éxito no es la cuestión decisiva. El Señor mismo no ha exigido esto. Nosotros los cristianos debemos estar simplemente en nuestro lugar histórico como testigos del Señor, "hasta los confines de la Tierra".

Tal es la verdadera actitud cristiana en esta hora crucial de Europa. El porvenir está, sin duda alguna, bajo nuestra responsabilidad, pero no está en nuestras manos. Porque está escrito: "No os concierne saber los plazos y las treguas que el Señor, en su infinito poder, ha instituido."

R. P. GUNDLACH, S. J.

De la Universidad Gregoriana (Roma)



CONCLUSIONES DE LA IV REUNION DEL C. E. D. I.

Reunidos en El Escorial para estudiar, a la luz de los principios cristianos, la situación internacional, los participantes en la IV Reunión del Centro Europeo de Documentación e Información, pertenecientes a la mayor parte de las naciones de Europa, han adoptado las conclusiones siguientes, a fin de someterlas a la consideración de los hombres de Estado occidentales, sobre quienes pesa la gran responsabilidad de tomar las decisiones capitales en los próximos meses.

La coexistencia, en cuanto tal, ha venido a ser un dato de hecho de la situación internacional. Pero la coexistencia, llamada pacífica, es una vieja idea de la doctrina comunista utilizada actualmente por la diplomacia soviética y, naturalmente, por los partidos comunistas a sus órdenes. Propuesta al mundo libre como la base de un arreglo entre el Este y el Oeste, este intento de aproximación soviético explota, así, el deseo legítimo que tienen los pueblos de una paz duradera. En el estado actual de cosas la iniciativa comunista aparece como un arma nueva de la guerra fría, como una línea de conducta temporal, cuyo fin es, esencialmente, permitir a Moscú ganar el tiempo que le es necesario para lograr ponerse en paridad estratégica con Occidente. Trata, pues, de mantener el equívoco sobre los supuestos reales para un arreglo pacífico; dejando, sin embargo, intactas la mayor parte de las causas fundamentales de la tensión internacional.

Entre estas causas conviene poner de manifiesto que la arbitraria división actual de Europa, división que nosotros de ningún modo aceptamos, solamente se ha hecho posible por causa de la violación del principio del derecho natural de los pueblos a decidir su propio destino, que ha dado lugar, a su vez, a una situación que constituye una terrible y permanente amenaza para la seguridad internacional.

Mientras esta situación permanezca subsistirá el peligro de una guerra termonuclear y la coexistencia no dejará de ser más que una fórmula

CONCLUSIONES DE LA IV REUNIÓN DEL C. E. D. I.

ambigua. La verdadera paz, capaz de salvar al mundo de un peligro permanente de destrucción total, no llegará a convertirse en una realidad mientras no se constituyan los organismos, auténtica y plenamente, europeos e internacionales susceptibles de controlar eficazmente, o de imponer, si fuera necesario, un desarme simultáneo.

En tanto se logra esta meta, es esencial reforzar la solidaridad occidental mediante el estrechamiento de los lazos políticos, económicos y militares de Europa y de las naciones libres del mundo.